

El desastre de Hiroshima

El texto del doctor Marcel Junod que publicamos aquí, titulado «El desastre de Hiroshima», fue encontrado recientemente entre los papeles dejados por este ex vicepresidente del CICR, fallecido el año 1961. Que sepamos, se trata de un texto inédito, pero el doctor Junod lo utilizó probablemente para escribir algunas de las páginas de los últimos capítulos de su célebre obra «Le troisième combattant».

Recordemos que el doctor Marcel Junod, delegado del CICR en Extremo Oriente a finales de la Segunda Guerra Mundial, fue el primer médico extranjero que visitó las ruinas de Hiroshima, tras la explosión de la bomba atómica, y que prestó asistencia a las víctimas. Su relato, escrito aparentemente poco después, tiene, así, valor de testimonio.

Desde entonces, se han publicado numerosos textos sobre Hiroshima y sobre la bomba atómica. Están, quizá, mejor documentados, pensados y estructurados. Pero ninguno expresa mejor que éste, con toda su sencillez, los horrores de la situación como la vio el doctor Junod.

Así pues, se trata de un texto impregnado de la personalidad del autor, que publicamos casi cuarenta años después de escrito. Conserva, sin embargo, toda su fuerza y nos transmite la emoción y el temor ante el futuro, que experimentó el doctor Junod a la vista del desastre de Hiroshima.

El desastre de Hiroshima

por Marcel Junod

INTRODUCCIÓN

Hiroshima, 6 de agosto de 1945: Comienza la edad atómica. Una ciudad japonesa de 400.000 almas queda destruida en pocos segundos. Se abre una nueva etapa histórica.

¡ El efecto físico de la bomba atómica fue increíble, inesperado, rebasa toda imaginación ! ¡ El efecto moral fue catastrófico !

Los militares japoneses fueron impotentes para ocultar las noticias. A las pocas horas, a los pocos días, los supervivientes de la catástrofe contaban en el país el relato fantástico de una bomba incandescente, lanzada desde el cielo por los estadounidenses, que quemó todo a su paso.

Tres días más tarde, el 9 de agosto, en Nagasaki, se confirmó la potencia despiadada de esta nueva arma y los sabios japoneses descubrieron su principio. El Emperador convocó a sus jefes militares y les dijo que la capitulación era inevitable.

Por otra parte, al amanecer del 9 de agosto, ocho días antes de la fecha prevista en la Conferencia de Postdam, los rusos habían atacado Manchuria. Se trataba también de un golpe inesperado, pero que estaba lejos de tener el alcance moral del bombardeo atómico de las dos ciudades japonesas.

Sin embargo, quienes tenían el poder en el Japón antes del 6 de agosto sabían que catorce años de guerra con China, tres años y medio de campañas a través del Pacífico contra los Estados Unidos, Gran Bretaña y Australia, habían dejado al Japón en un estado sumamente precario. Las tres cuartas partes de su flota de guerra habían sido destruidas y su aviación se había reducido considerablemente (los últimos kamikazes — pilotos suicidas — volaban en aparatos anticuados). Sus ciudades industriales habían sido arrasadas o destruidas y, por ello, su

producción de guerra era incapaz de renovar el material perdido e incluso de producir lo indispensable para proseguir la guerra.

En las calles de Tokio se apiñaban los radiadores, las tuberías de agua que se sacaban de los inmuebles, por orden del ministro de la Guerra para sustituir al hierro que faltaba.

Las raciones alimentarias habían disminuido considerablemente; era imposible comprar un carrete de hilo o una aguja y los vasos rotos no se podían reemplazar.

Según las cifras oficiales japonesas, los bombardeos de las fuerzas aéreas aliadas ya habían destruido en gran parte o dañado 81 de las ciudades más importantes del Japón. Tokio, Yokohama, Osaka y Kobe habían sido arrasadas en el 80%. Las víctimas entre la población civil ascendían a 280.000 muertos y a 420.000 heridos. Se habían destruido dos millones de casas y nueve millones de personas civiles se habían quedado sin hogar y buscaban refugio en el campo, en casa de algún pariente.

El balance era, por lo tanto, grave y la resistencia del Japón se había debilitado mucho, sobre todo teniendo en cuenta las bases amenazadoras que los estadounidenses acababan de instalar en el Pacífico, no lejos de la metrópoli: Iwashima, Okinawa. Pese a ello, la consigna de los militares era resistir hasta lo último y salvar al Emperador y la bandera.

Nosotros, que estábamos en el Japón en esa época, sabíamos que el triunfo de los militares japoneses habría significado probablemente la muerte de todos los blancos que se hubieran encontrado en su zona: prisioneros, civiles enemigos o neutrales, y la muerte de miles de soldados aliados en la conquista de la metrópoli. Algunas representaciones diplomáticas en el Japón estaban tan persuadidas de esa idea que habían armado a su personal en previsión de tal eventualidad.

Mas la aparición súbita, casi sobrenatural, de la bomba atómica en las ciudades de Hiroshima y de Nagasaki había de cambiar bruscamente el curso de los acontecimientos: súbitamente, el Emperador, a quien se seguía considerando un Dios, recuperó todo su poder místico y lo utilizó para imponer a sus generales la capitulación sin condiciones (« unconditional surrender »). Devolvió así al enemigo territorios inmensos que se extienden desde Singapur hasta las Kuriles, desde la frontera de la Manchuria rusa hasta Borneo, y dio la orden de deponer las armas a 4 millones de soldados, perfectamente armados y que en su inmensa mayoría no habían ni siquiera combatido.

Ello permite darse cuenta del poder extraordinario que tenía este hombre entre sus manos, tanto más cuanto que la rendición se efectuó en condiciones perfectas de orden y de calma.

Dos cláusulas de la capitulación son, a nuestro juicio, la base de este éxito: la primera fue la aceptación por parte del general MacArthur de respetar la personalidad del Emperador y la segunda fue su decisión de repatriar a todos los japoneses que se encontraban fuera de la metrópoli, renunciando a convertirlos en prisioneros.

En efecto, el mantenimiento del Emperador a la cabeza del Estado era la única posibilidad de evitar la anarquía así como la repatriación prometida de los militares y el permiso dado a los soldados de la metrópoli para que se reintegraran a sus hogares evitaron todo sentimiento de humillación de un cautiverio que no habrían jamás aceptado sin combatir hasta lo último, no obstante las órdenes imperiales de « alto el fuego ».

Primera parte

EN LOS LUGARES DE LA EXPLOSIÓN ATÓMICA

I. Cómo llegué a observar los efectos de la primera bomba atómica

Salí de Ginebra en junio de 1945 para hacerme cargo de mi nuevo puesto de jefe de la delegación del CICR en el Japón y llegué a Manchuria el 28 de julio, después de haber recorrido miles de kilómetros: París, Nápoles, Atenas, El Cairo, Teherán, Moscú, Siberia, Chita, Otpor y Manchuria.

El 6 de agosto de 1945, sin sospechar un instante el drama que estaba acaeciendo en Hiroshima, visité, cerca de Szepinghai (Manchuria) a los prisioneros de guerra aliados de alta graduación en poder del Japón, entre ellos los generales Wainwright y Persival, de quienes no teníamos noticias desde hacía más de dos años.

El 9 de agosto de 1945, cuando los rusos ya hacía algunas horas que habían entrado en guerra contra el Japón, cuando sus aviones ya habían invadido el cielo de Manchuria y los Estados Unidos lanzaban la segunda bomba atómica sobre Nagasaki, despegué en plena alarma en un avión militar japonés, a las 11,30 h, del aeródromo de Tsing-King, hoy Chang-Chung, capital de Manchuria. El encuentro con algún avión enemigo hubiera sido fatal pero, favorecido por la suerte, aterricé ese mismo día en Tokio sin ningún incidente.

Mis amigos suizos estaban allí esperándome. Un autobús nos llevó del aeropuerto al centro de Tokio. En la noche que caía, distinguí vagamente, a derecha y a izquierda, calles, muros derruidos, cables eléctricos desprendidos y montones de chatarra. Más adelante, en campos cubiertos

de cenizas enfriadas, casitas de piedra, desperdigadas, casi sin ventanas, se mantenían en pie, milagrosamente intactas. Pedí explicaciones y se me contestó: evidentemente, es la primera vez que viene usted al Japón y no sabe. Estas construcciones minúsculas de cemento o de otros materiales sólidos fueron levantadas por los japoneses tras el terremoto de 1923. Tokio y Yokohama habían sido completamente destruidas y arrasadas por ese cataclismo natural, y los japoneses observaron que sólo algunas casas de piedra habían escapado al incendio que siguió. Cuando se reconstruyó Tokio, los más ricos se permitieron el lujo de edificar esas construcciones en las que colocaron sus bienes más preciosos, mientras que los más humildes se contentaron con tener en su casa una caja fuerte ordinaria.

En efecto, mirando con más atención, pude percibir cientos de esas cajas fuertes, intactas en medio de los escombros.

Llegamos por la noche a casa de nuestros amigos, que habían tenido la suerte, de encontrar alojamiento en una casa no afectada por los bombardeos. Para ellos fui como una aparición de otro mundo. Hacía cuatro años que no tenían contacto con Suiza. Únicamente la radio, que escuchaban clandestinamente, les transmitía las grandes noticias. Su primera pregunta fue: ¿qué se dice en Europa de la bomba atómica? Olvidaban que había salido de Suiza hacía dos meses y que, desde hacía quince días, me encontraba entre japoneses, silenciosos y mudos como tumbas. Entonces fui yo el extrañado e hice preguntas. Oí, por primera vez, el nombre de Hiroshima y la expresión bomba atómica. Unos decían que había habido 100.000 muertos y otros que 50.000. La bomba se había lanzado, al parecer, en paracaídas; las víctimas habían sido quemadas por rayos mortales, etc.

Un japonés que trabajaba con nuestra delegación y que oía lo que se decía por todas partes, me confirmó las noticias. Añadió que la gente estaba aterrada, desmoralizada. Las estaciones estaban atestadas, todo el mundo huía de las ciudades, pero no aparecía ningún desorden porque el japonés es por naturaleza disciplinado. Además, los tifones y los terremotos lo han acostumbrado a dominar su miedo. Sin embargo, la situación era grave.

Al día siguiente me encontré con los diplomáticos suecos. Todos teníamos la misma idea: ¿se pondría fin a la conflagración mediante esta nueva arma y la entrada en guerra de los rusos?

Durante los días siguientes, los acontecimientos se precipitaron y nuestros presentimientos se confirmaron. Se convocó al estado mayor general en el palacio imperial. Por todas partes se oían rumores de armisticio.

Por fin, el 15 de agosto, por primera vez en la historia del Japón, el Emperador habló a su pueblo por radio invitándolo a aceptar las condiciones de Postdam que establecían la capitulación incondicional de su país.

Yo mismo escuché por radio el discurso del Emperador e invité a nuestros sirvientes japoneses a que viniesen al salón para oírlo también; se arrodillaron ante el receptor y se inclinaron, varias veces, profunda y respetuosamente, al escuchar las palabras de Su Majestad; sus rostros eran impasibles. Incluso cuando se los tiene delante es difícil darse cuenta de lo que piensan y de lo que sienten, pero creí leer en sus expresiones una indecible tristeza y un sentimiento de extrañeza.

Sí, se trataba del armisticio, pero nada era seguro. Muchos europeos con los que hablé, viejos conocedores del Oriente, movían la cabeza y sólo se alegraban a medias con esas noticias. Transcurriría cierto tiempo, algunos días o quizá algunas semanas antes de que los estadounidenses desembarcasen; nadie podía prever con seguridad lo que iba a suceder hasta entonces. Los japoneses, se me dijo, tienen reacciones inesperadas, de las que cabe esperar lo mejor y lo peor. Es posible asistir tanto a una epidemia de harakiris y a una sumisión completa como a una auténtica revolución. Todo ello no era en modo alguno tranquilizador.

Pensé entonces en los prisioneros aliados, aislados y perdidos en los campamentos de la metrópoli. Rápidamente reuní a todos mis camaradas delegados y les pregunté si aceptaban ir por separado a los campamentos principales para velar por la seguridad de los cautivos y luego por su evacuación. Todos aceptaron sin titubear. Pero los campamentos principales eran siete y nosotros sólo éramos cuatro. Recurrimos entonces a dos compatriotas y a un médico apátrida, completándose, así, el número necesario. Les expliqué brevemente la gravedad de la situación: había un riesgo que correr, pero era nuestro deber asumirlo. Confiábamos en que se respetasen las órdenes del Emperador, pero de no ser así todos los blancos en el Japón podían correr un gran peligro.

A continuación me puse en contacto con los representantes de las Potencias protectoras, Suiza y Suecia, que aceptaron unirse a nosotros. Pudimos formar de ese modo siete equipos de tres personas. Luego hice gestiones ante el Gobierno japonés (Asuntos Exteriores y Ministerio de la Guerra) para obtener información sobre el número exacto de prisioneros de guerra e internados civiles, sobre la ubicación de los campamentos, así como facilidades y protección para nuestros delegados en su misión. Habiendo obtenido, casi sin dificultades, el asentimiento de los japoneses, el 27 de agosto, todos los delegados salieron en dirección

al campamento que se les había asignado y pudimos comunicar, por la radio japonesa, al general MacArthur, que estaba listo un plan de evacuación de los prisioneros de guerra.

Antes de la salida de nuestros delegados, había encomendado a uno de ellos, encargado de la inspección de los campamentos en la Prefectura de Hiroshima, que se desplazara a la propia ciudad y que me informara lo más rápida y exactamente posible acerca de la extensión del desastre y de las condiciones allí reinantes.

Al mismo tiempo, pedí al Gobierno japonés que me facilitara toda la documentación disponible sobre la situación en Hiroshima y los efectos ya conocidos de la bomba atómica. Se me remitieron informes y, el 2 de septiembre, recibí de nuestro delegado en Hiroshima el telegrama siguiente:

« Visité Hiroshima el 30, condiciones espantosas stop arrasada en el 80%, todos hospitales destruidos o seriamente dañados, inspeccioné dos hospitales provisionales, condiciones indescriptibles stop efectos de bomba misteriosamente graves stop muchas víctimas aparentemente restablecidas tienen recaída repentina fatal debido a descomposición glóbulos blancos y otras heridas internas y mueren actualmente en gran número stop más de 100.000 heridos, aproximadamente, que siguen en hospitales provisionales situados en los alrededores, carecen totalmente de material, apósitos, medicamentos stop ruego inste alto mando aliado a enviar inmediatamente por paracaídas socorros centro ciudad stop necesidad urgente grandes cantidades apósitos, algodón, pomada para quemaduras, sulfamidas, además de plasma sanguíneo y material para transfusiones stop acción inmediata muy conveniente enviar igualmente comisión investigación médica stop sigue informe, confirme recepción ».

Con esa documentación me dirigí, el 3 de septiembre, a la Comandancia suprema de la fuerzas aliadas y solicité, en nombre del CICR, una ayuda inmediata en víveres y medicamentos para las víctimas de Hiroshima, ofreciéndome a ir personalmente sobre el terreno para organizar allí la acción de socorro, ya que era el único médico de la delegación del CICR en el Japón.

Unos días más tarde, la Comandancia suprema aliada respondió generosamente a mi solicitud por mediación de uno de sus oficiales superiores y me hizo saber que se concedían a la delegación del CICR doce toneladas de medicamentos y material sanitario para la acción de socorro prevista, que se transportarían a bordo de seis aviones. Al mismo tiempo, se trasladaría en esos aviones una comisión especial, integrada por unos diez expertos estadounidenses (físicos, médicos y

un fotógrafo) y dos médicos japoneses. Yo, por mi parte, debía acompañar a la Comisión y velar por la distribución y el control de los socorros colocados bajo la responsabilidad de nuestra delegación en el Japón.

El 8 de septiembre de 1945, partimos para el campo de aviación de Atsugi y subí con varios estadounidenses a bordo de uno de los aviones. El viaje fue muy agradable; dejamos rápidamente atrás, a nuestra derecha, el monte Fuji para pronto sobrevolar las grandes ciudades de Osaka y de Kobe. Allí, a lo largo de 20 kilómetros, todo era destrucción; el emplazamiento de la ciudad tenía el aspecto de una especie de plata-banda, de ladrillo rojo y hierro oxidado. Todo parecía haber sido devorado por el incendio. Sin embargo, quedaban, desperdigadas, algunas construcciones ligeras, todavía intactas, que formaban manchas grises y negras.

A las doce volábamos sobre Hiroshima. Mis compañeros y yo miramos inquietos por las ventanillas del avión y el espectáculo que percibimos era muy diferente de cuanto habíamos visto hasta entonces. El centro de la ciudad era como una mancha blanca, lisa como la palma de la mano. No quedaba nada. Parecían haber desaparecido incluso los rastros de las casas. La mancha blanca se extendía sobre un diámetro de unos dos kilómetros. Estaba bordeada por un cinturón rojo, vestigios de casas quemadas, que se extendía sobre una distancia bastante larga, difícil de evaluar desde el avión, y que cubría casi todo el resto de la ciudad. El espectáculo era simplemente escalofriante.

Después de dar varias vueltas por encima de la ciudad aterrizó nuestro avión, al igual que todos los demás, en el aeródromo de Iwakuni, a 30 kilómetros de Hiroshima. Descargamos los medicamentos. Varios oficiales japoneses vinieron a saludarnos y nos hicieron subir a un autobús para trasladarnos al cuartel general militar japonés de Hiroshima que, después de la destrucción de la ciudad, se había trasladado a una pequeña colina situada a 15 kilómetros hacia el sur.

II. Contactos con las autoridades japonesas

El autobús se puso en marcha con dificultad; el calor era tropical; el estado de la calzada, que no había sido reparada desde hacía años, era lamentable y saltábamos, a cada instante, sobre nuestro asiento. Gruñía el motor del vehículo y la avería, esperada desde hacía tiempo, nos sorprendió en plena ciudad. Salimos del vehículo, se formaron grupos de curiosos que no quitaban los ojos de los oficiales estadounidenses, que veían por primera vez. Experimentamos una extraña impresión.

Éramos una docena de blancos, todos estadounidenses, excepto yo, sin armas. Las tropas aliadas no ocupaban todavía la región y sabíamos que estábamos totalmente a merced de esos japoneses.

¿Bastaría para protegernos la simple orden dada por el general MacArthur de conceder a la Comisión técnica la salvaguardia y la asistencia necesarias para la realización de su misión? Pensé en lo que habría sucedido si una de nuestras ciudades hubiera sido bombardeada así y traté de imaginarme la acogida que habría reservado la población superviviente a una comisión técnica de investigación enviada por el enemigo después de la capitulación sin condiciones. Presentí lo peor. Pero no se produjo incidente alguno.

Al contrario, se nos acercaron los niños de la ciudad; los estadounidenses distribuyeron algunos paquetes de caramelos y chocolate; detrás, sonreían vagamente los padres japoneses (manifestación de cierto embarazo), la atmósfera parecía distendida. Pero la reparación llevaría tiempo; todo el mundo tenía prisa por visitar la ciudad. Pasó por la carretera un camión militar y sugerí al general estadounidense que lo requisara para poder continuar nuestro viaje hasta el cuartel militar de Hiroshima. Uno de nuestros japoneses sirvió de intérprete y, tras algunos instantes de discusión, subimos todos al camión.

Llegamos, así, rápidamente, a una pequeña colina en la que se hallaba el estado mayor del ejército japonés que ocupaba la Prefectura de Hiroshima. Había algunas barracas militares de madera, en un recinto cerrado y custodiado por centinelas armados con fusil. El oficial de guardia dio la orden de presentar armas a nuestro paso, los centinelas saludaron y nos encontramos en presencia de un coronel japonés y de varios oficiales; las presentaciones fueron correctas, todo el mundo se dio la mano; unos ordenanzas, con muy buenos modales, trajeron té, galletas y cigarrillos. Se desplegaron mapas y se dieron explicaciones sobre el trabajo asignado a la Comisión. Durante ese tiempo, tomaban fotos del grupo varios estadounidenses y japoneses. En ningún instante, hubo en la reunión sentimiento hostil alguno; todo sucedió con una corrección perfecta.

Esa actitud de los japoneses seguía siendo para nosotros un completo misterio. Ese pueblo posee una mentalidad secreta impenetrable pero, en el fondo, esos oficiales obedecían ciegamente a las órdenes de su Emperador. Se inclinaban ante los oficiales estadounidenses, no como vencidos, sino porque, terminado el combate, habían recuperado su cortesía natural.

Después de haber organizado un plan de visita de Hiroshima para el día siguiente, se nos condujo a la famosa isla de Miyajima, donde se

alojaría varios días la Comisión. Esa isla es un santuario. Tomamos un barquito que hacía regularmente la travesía. Percibimos de lejos el célebre pórtico, de 100 años de antigüedad, que caracteriza la presencia de un antiguo templo. Desembarcamos al atardecer en una pequeña aldea de pescadores y veraneantes.

Esa isla es famosa por la peregrinación que hacían a ella los guerreros japoneses antes de salir para el frente. Los guerreros solicitaban a los sacerdotes budistas la respuesta escrita a sus deseos; cuando la respuesta era favorable, guardaban el papel y la magia que lo acompañaba apretados con reverencia contra su pecho; cuando el presagio era desfavorable, fijaban el papel a uno de los árboles sagrados que rodeaban el templo, con la esperanza de obtener así el favor de algún dios obstinado.

Todos los estadounidenses que estaban conmigo se mostraron encantados de vivir esa primera noche a la manera japonesa. Estábamos alojados en pequeños hoteles en medio de pinedas. El suelo de las habitaciones era de «tatamis», especie de paja trenzada sumamente suave y agradable para los pies. Antes de entrar, había que descalzarse. Luego se ponía uno el kimono, a disposición de todos, para ir a tomar el baño común en una gran piscina. Algunos de los estadounidenses cometieron el clásico error de los no iniciados metiéndose en el agua, llenos de jabón, para horror de los servidores japoneses. En efecto, la costumbre de ese país —y es una lección que se ha de aprender— consiste en enjabonarse y enjuagarse bien antes de introducirse en el agua casi hirviente de los baños japoneses.

Por la noche, conversando con los demás, trabé amistad con el profesor Tzusuki, catedrático de cirugía de la Universidad Imperial de Tokio, quien me contó la historia siguiente:

En 1923, al profesor Tzusuki, en aquella época joven doctor de la Universidad Imperial de Tokio, interesaba muy especialmente el funcionamiento de los tubos Coolidge, que los japoneses habían comprado a los Estados Unidos para el tratamiento del cáncer. Tuvo entonces una rara idea: llevó un conejo al laboratorio y, a las nueve de la noche, aprovechando la ausencia del personal, expuso al conejo enteramente a la acción de la lámpara de rayos X, con miras a controlar así el efecto masivo de esos nuevos rayos sobre los seres vivos. A las 21,50 h, y luego a las 22,00 h, el conejo no mostraba molestia alguna. A las 23,00 h, el conejo seguía reaccionando normalmente y parecía completamente despierto. El joven doctor japonés comenzó a hacerse preguntas. A media noche, el conejo no manifestaba ninguna reacción visible y el doctor Tzusuki cortó la corriente, tomó el conejo, lo colocó sobre la alfombra en su despacho y encendió un cigarrillo. Estaba meditando

sobre esa extraña experiencia, aparentemente sin resultado, cuando súbitamente el conejo entró en convulsiones y murió ante sus ojos. En ese momento, el joven doctor no encontró ninguna explicación a esa muerte misteriosa. Fatigado y somnoliento, metió al conejo en la heladera para examinarlo después. Al día siguiente, por la mañana, contó lo que había sucedido a su profesor, quien lo amonestó duramente, reprochándole la inutilidad de esa experiencia. Le hizo incluso observar que en algunos países habría tenido que comparecer ante los tribunales por haberse servido de animales vivos sin ninguna razón. Con todo, el doctor japonés no se dejó impresionar. Varios días más tarde comenzó la autopsia de su conejo y cuál no fue su sorpresa al observar hemorragias y sufusiones sanguíneas en todos los órganos: riñones, pulmones, corazón, etc. Su sentido científico se agudizó. Repitió sus experiencias. Sus conclusiones fueron expuestas en mayo de 1926 en Detroit, en el XXVII Congreso anual de la Sociedad de Radiología de los Estados Unidos. Se publicaron en la revista estadounidense de radiología y terapia por medio de radiaciones, en Nueva York, bajo el título: « Experimental Studies on the biological Action of Hard Roentgen Rays ».

La presentación de su trabajo suscitó, entonces, un debate. La relectura de la reflexión del Dr. G. E. Pfahler, de Filadelfia, causa hoy viva impresión. He aquí sus textuales palabras: « Naturalmente, nos resulta casi imposible captar, en pocos minutos, la importancia de los hechos puestos de manifiesto en todas estas experiencias. Sin embargo, de estos hechos se desprenden, a mi juicio, dos ideas: en primer lugar, esas experiencias están relacionadas con la exposición de un animal entero a los rayos X y, por consiguiente, las observaciones hechas por el Dr. Tzusuki, relativas a los efectos sobre los diversos órganos, no pueden ser interpretadas directamente en valores clínicos (como podríamos aplicarlas en un trabajo de rutina clínica) porque nunca exponemos todo el cuerpo de un individuo. Limitamos la exposición a una parte del cuerpo, a un órgano o a una parte de un órgano. En segundo lugar, al limitar la exposición a una parte de un órgano, los efectos relativos son ciertamente menores, de lo contrario muy pronto dejaríamos de practicar la radioterapia, a juzgar por los efectos obtenidos sobre los diversos órganos ».

Veinticinco años más tarde, el Dr. Masso Tzusuki, catedrático de la Universidad Imperial de Tokio, fue el hombre designado por el Gobierno japonés, y luego por las autoridades estadounidenses, para estudiar el efecto de los rayos X, esta vez, no sobre el cuerpo entero de un conejo, sino sobre miles de cuerpos humanos compatriotas suyos. Sus comprobaciones fueron casi exactamente las mismas que las que

había hecho en otra época sobre el conejo sometido a la acción de los rayos del tubo Coolidge.

III. Hiroshima

Hiroshima significa «la isla vasta». Construida en el delta del río Ota, que fluye desde los montes Kamuri, era, por orden de importancia, la séptima ciudad del Japón. A la entrada de la ciudad, el Ota se divide en siete brazos que forman un triángulo aislando la ciudad en su interior, dividiéndola en pequeños islotes, unidos entre sí por numerosos puentes. Ese triángulo, que tiene 20 kilómetros de largo y 10 de ancho, está bordeado en sus flancos por colinas de una altura media de 500 metros, cubiertas de bosques de pinos. En su parte superior, se estrecha por la desembocadura del valle. Su base, dentada, se abre ampliamente sobre el mar interior del Japón, donde todas las bocas del Ota afluyen con sus aguas fangosas.

Con ese emplazamiento, Hiroshima era el puerto más importante de la región. Ciudad prefectorial, sus servicios administraban la población de una provincia de dos millones de habitantes, una de las más ricas del Japón y uno de los grandes centros de la cultura japonesa.

Fue la residencia de los Mori, importante familia japonesa que reinó sobre diez ciudades del oeste del país, pasando a ser así el centro político del oeste y confiriéndole gran animación.

En 1889, Hiroshima obtuvo la categoría de ciudad, ya que el mapa político del Japón se dividía, en esa época, en ciudades y pueblos.

Hiroshima debe una parte de su fama a la estada del Emperador Meiji con su estado mayor durante la guerra ruso-japonesa en 1905. Desde ese tiempo, Hiroshima siguió siendo una ciudad de guarnición y se convirtió en uno de los principales centros de transportes militares, mientras que Kuré, no lejos de allí, pasó a ser una plaza naval.

Hiroshima era también un centro industrial importante. Sus fábricas de conservas, de prendas de vestir y de tabaco, y sus refinerías de aceite habían sido adaptadas, desde 1941, a la industria de guerra. Por otra parte, siempre había sido la sede de fábricas de armas diversas.

Su población de 250.000 habitantes vivía en pequeñas casas japonesas —parecidas a chalets de uno o dos pisos con altos aleros— construidas con madera ligera o adobe y a menudo techadas con paja. Sin embargo, cierto número de edificios oficiales, que albergaban empresas importantes y bancos o servicios administrativos, estaban construidos con hormigón armado o materiales sólidos.

Además de su población civil, Hiroshima albergaba a un número considerable de militares, cuya cifra se calculaba en 150.000 en julio de 1945. Esos militares residían sobre todo en el centro de la ciudad, en un amplio espacio donde se agrupaban cuarteles, el arsenal, edificios administrativos, etc.

El número total de habitantes ascendía, pues, a unos 400.000, pero esa cifra había descendido a 350.000 al final de la guerra, porque las autoridades municipales, por temor a los ataques aéreos, habían comenzado ya la evacuación de las mujeres y los niños.

La ciudad estaba situada en la gran línea de ferrocarril que atraviesa el Japón en sentido longitudinal y era el punto de partida del ramal que penetra en el interior del país, hacía el norte; contaba, además, con varios ferrocarriles regionales, empalmados por una red de tranvías. Dos grandes carreteras principales atravesaban la ciudad, de este a oeste y de norte a sur. Los parques y jardines públicos eran numerosos.

La ciudad prácticamente no había sufrido de la guerra aérea hasta el 6 de agosto de 1945, con excepción de dos bombardeos insignificantes: uno el 19 de marzo de 1945, por varios aviones de la flota estadounidense, y el otro el 30 de abril de 1945, por un B. 29 (fortaleza volante).

La Comisión de Investigación salió de la isla de Miyajima el 9 de septiembre, al alba. Seguimos a pie la orilla del mar entre nuestro hotel y el pequeño puerto. La luz era transparente y suave; el pórtico bañaba los pies de sus columnas cuando subía la marea. Tomamos el barco para atravesar nuevamente el brazo de mar y llegar a la isla principal. Allí, nos esperaba nuestro autobús y reanudamos el viaje. A mi lado se encontraban dos intérpretes japoneses: la señorita Ito, nacida en el Canadá, que hablaba perfectamente inglés, y un periodista que había pasado 20 años en los Estados Unidos. Íbamos a recorrer los últimos kilómetros que nos separaban de nuestro destino y podríamos así darnos cuenta gradualmente de los efectos de la bomba atómica, desde la periferia hasta el centro de la ciudad.

Los primeros indicios de esos efectos aparecían a seis kilómetros aproximadamente del punto donde había caído la bomba. Los tejados estaban como despeinados y sus tejas habían desaparecido a causa de la deflagración. En cierto lugares, la hierba estaba amarillenta, como desecada; el periodista japonés me explicó que las plantas, las legumbres y el arroz habían perdido su color verde inmediatamente después del bombardeo, en un radio de acción de siete a ocho kilómetros desde el punto de explosión de la bomba. Sólo recuperaron su color tres o cuatro semanas más tarde. Sin embargo, habían muerto algunas plantas, al parecer más sensibles. A cinco kilómetros, algunas de las casas habían sido

aplastadas como cartón. Los tejados estaban completamente hundidos. El maderamen salía por todas partes. Es el espectáculo clásico de las ciudades destruidas por bombas explosivas. A cuatro kilómetros, no había más que montones de vigas y de tablas, pero las casas de piedra no parecían afectadas. A unos tres kilómetros y medio del centro de la ciudad, todas las casas estaban quemadas. Sólo quedaban los rastros de sus cimientos y montones de chatarra oxidada. Esta zona tenía el mismo aspecto que las ciudades de Tokio, Osaka y Kobe, destruidas por bombas incendiarias. A dos kilómetros, todo parecía como dislocado, arrasado, barrido por una fuerza sobrenatural: las casas y los árboles habían desaparecido.

A menudo, no se veían ni siquiera los cimientos de un edificio. Los postes eléctricos de metal estaban retorcidos y plegados, tumbados por el suelo. Las chimeneas de las fábricas de forma redonda seguían en pie, mientras que todas las de forma cuadrada habían sido demolidas. La ciudad estaba desierta, muerta; sólo se veía a unos pocos militares japoneses. Los supervivientes habían huido, aterrados por las noticias de prensa que anunciaban que Hiroshima mantendría un peligro de radioactividad durante 70 años.

Llegamos al centro de la ciudad, al lado de lo que había sido el cuartel general del ejército de Hiroshima y se nos condujo a un paqueño promontorio desde donde nada obstaculizaba la vista. Percibimos desde allí la ciudad destruida, en una extensión de kilómetros; todo era silencio y desolación. Detrás de un primer plano de grandes árboles, rotos como cerillas, y de enormes piedras caídas, aparecían los rastros, apenas visibles, de los edificios militares, varios de los cuales tenían sólidos cimientos de hormigón. Muy cerca de nosotros el agua de un estanque dejaba pasar las varas de loto cuyas hojas habían sido arrancadas por el viento de la deflagración; algunos peces reventados mostraban su vientre blanco. Más lejos, hasta perderse de vista, la ciudad estaba arrasada, los parapetos de los puentes más próximos arrancados. Nos encontrábamos casi debajo del punto donde había estallado la bomba. En medio de un montón indescriptible de tejas rotas, de chapas oxidadas, de armazones de máquinas y automóviles quemados, de tranvías retorcidos, fuera de los raíles, algunos árboles alzaban hacia el cielo sus troncos negros y desnudos. En las orillas del río unos barcos desvencijados se apoyaban sobre el costado. En distintas partes, grandes edificios de piedra seguían en pie, interrumpiendo la monotonía del paisaje.

Desde allí, nos pusimos en marcha, lentamente, a través de la ciudad muerta. Alguna que otra calle había sido limpiada, pero, en general, todas estaban cubiertas de escombros muy diversos. En un momento

dado, mi intérprete me dijo: « Aquí, había un hospital ». Por mucho que miré, no reconocí nada; sólo quedaba un pequeño muro derruido, que se extendía por varias decenas de metros. Habían muerto todos los enfermos, todas las enfermeras y todos los médicos; nadie había salido con vida.

Nos detuvimos delante de un gran edificio, construido de piedra sólida, que nos había parecido, de lejos, estar intacto, pero nada más echar una ojeada al interior vimos que todo había quedado quemado o demolido por la explosión.

Lo mismo sucedía con la mayoría de los demás edificios. Sólo el barrio del puerto parecía no haber sido dañado y ello, en un espacio muy reducido. Todos los observadores estaban de acuerdo en reconocer que la ciudad había sido destruida en un 90%.

Los técnicos de la Comisión estadounidense no se quedaron inactivos. Colocaron sus aparatos detectores por todas partes entre las ruinas. Su respuesta fue clara: un mes después de la explosión de la bomba atómica, nos garantizaban que el lugar era perfectamente inocuo y no presentaba ya ningún peligro de radioactividad para los seres humanos.

Mientras se dedicaban a hacer sus observaciones, yo visité los hospitales. Todos los hospitales eran provisionales y la mayoría no merecía ni siquiera ese nombre. Casi todos estaban acondicionados en casas destruidas en sus tres cuartas partes, donde se había reunido y hacinado de cualquier modo a los enfermos y a los heridos. He aquí la descripción de uno de esos hospitales, equiparable a todos los demás:

« Este hospital provisional es una antigua escuela a mitad demolida. El techo está agujereado en numerosos lugares. Ese día, llovía a cántaros y la lluvia caía directamente en las salas de los enfermos; los que tuvieron la fuerza de desplazarse se agrupaban en los rincones resguardados; los demás, tumbados sobre una especie de camastros, están moribundos. Hay ochenta enfermos y heridos; para cuidarlos, diez enfermeras y veinte escolares que parecen niñas de 12 a 15 años. No hay agua, ni instalaciones de saneamiento, ni cocina. Un médico llega todos los días del exterior para visitar a los enfermos. La asistencia es rudimentaria; los apósitos se hacen con una tela tosca; en un estante hay algunos potes de medicamentos. Los heridos tienen a menudo sus heridas descubiertas y miles de moscas se posan en las mismas y vuelan alrededor. La suciedad es increíble. Varios pacientes tienen, a causa de los efectos tardíos de la radioactividad, hemorragias múltiples. Muchos necesitarían pequeñas transfusiones de sangre, pero no hay donantes, ni médicos para analizar la compatibilidad de las sangres y, por consiguiente, no se presta la asistencia debida ».

Hice también una larga visita al hospital de la Cruz Roja Japonesa, que se consideraba que había escapado milagrosamente a la destrucción. Era un magnífico edificio de piedra, bien construido y sólidamente asentado sobre sus cimientos. La puerta de entrada y el vestíbulo estaban perfectamente intactos y el aspecto exterior era casi normal pero, tan pronto como se llegaba a los pisos superiores, se podía observar que faltaban no solamente los cristales sino todas las ventanas que habían volado por los aires bajo el efecto de la onda causada por la bomba. Todos los aparatos de laboratorio habían quedado igualmente inutilizables. Una parte del tejado se había hundido y el hospital ya no estaba al resguardo de los vientos y la lluvia. El primer día de la catástrofe había albergado a mil pacientes, según me dijo uno de los médicos japoneses, 600 de los cuales habían muerto casi inmediatamente y habían sido enterrados en cualquier lugar de las inmediaciones del hospital. El día de mi visita, quedaban 200. No se hacían transfusiones de sangre porque faltaba el material para los análisis y los donantes habían muerto o desaparecido.

Proseguimos nuestro recorrido y, en todas partes, se repitió la misma escena. El abastecimiento de estos hospitales era casi inexistente; los familiares de los pacientes llevaban los alimentos, mas en la mayoría de los casos la familia ya no existía o había huido. Esta situación era trágica dada la carencia general de socorros.

Visitamos luego un hospital militar provisional, el hospital de Ugina, instalado en una antigua fábrica de seda, casi no afectada por el bombardeo.

Como en todas partes, los japoneses habían reservado a sus militares lo mejor. El hospital se había abierto el 26 de agosto y estábamos entonces a 10 de septiembre. Al principio se acogió a 600 pacientes, 200 de los cuales se habían curado, 100 habían muerto y el resto seguía en tratamiento. La organización era allí muy superior a la de los hospitales civiles. La Universidad Imperial de Tokio había enviado de la capital a este hospital un equipo de médicos y técnicos de laboratorio que había hecho un trabajo muy interesante. Por lo demás, la parte siguiente de mi informe se basará en estas observaciones, pero quería examinar personalmente cada caso y dediqué bastante tiempo a observar a varios enfermos.

El profesor Tsuzuki nos expuso varios casos. Una mujer de 24 años, que se encontraba a un kilómetro del centro de la explosión, no sintió nada durante los primeros días, pero comenzó a sufrir súbitamente de lasitud y fatiga. Tres semanas después, ingresó en el hospital para tratarse una angina necrósica. El análisis de la sangre reveló 1.200 leucocitos, el 45% de hemoglobina y 2.450.000 glóbulos rojos.

Se nos presentaron muchos otros casos semejantes. Vimos también una enorme cantidad de personas con quemaduras; en su mayoría, tenían quemaduras de tercer grado, localizadas a menudo en las partes descubiertas: la cara, las manos, los brazos y a veces el tórax. Más tarde, volveré sobre todos estos detalles.

Me enteré de que, el día de mi visita, quedaban todavía en los 50 hospitales provisionales de la ciudad unos 30.000 heridos, y que los otros habían muerto, se habían curado o habían sido evacuados.

Al terminar la jornada, me entrevisté con el director de Salud Pública y, juntos, preparamos un plan de distribución de medicamentos y del material sanitario que me había remitido el Alto Mando aliado.

(Continuará)

Dr Marcel Junod